

mis palabras le ofendan... la mujer que ha sido bastante loca, en su situación, para casarse con un hombre en la posición en que usted se halla, dará sin titubear, sin hacer caso, todas cuantas firmas le pida usted, hará cuantas extravagancias sean necesarias y que su situación actual traerá consigo.

—Es usted severo para con ella y para conmigo.

—Soy exacto... Por consiguiente, sólo se trata ya de fijar las fechas de los vencimientos... Helas aquí: dentro de tres meses me entregará usted, como acaba de decirlo, los quinientos mil francos que le he anticipado... Durante el mes de Octubre siguiente deseo percibir diez millones... Un año después, los últimos quince millones... Entonces estaremos en paz y no volverá usted á oír hablar de mí... Pero si demora usted lo más mínimo cualquiera de esos pagos, le prevengo que seré inexorable.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh! lo que usted quiera... Figúrese usted las cosas llevadas al último extremo... Quedará usted aún muy por bajo de la realidad.

Y sin añadir una sola palabra más, el príncipe Orsiloff tomó su sombrero y salió.

.....

.....

Por entonces mismo, sir Hanley Gardiner y la señorita Bérard llegaban á Noumea. En cuanto al presidiario Bérard, estaba á punto de salir de la isla de Ré, en que se había detenido el convoy para esperar á que se completase.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

LA PRINCESA SOFIA

I

En el Océano, en las costas de Francia, en la desembocadura del Charente, está anclado un buque del Estado. Es la fragata *Saone*, que, después de haber formado parte durante mucho tiempo de la escuadra del Mediterráneo, está destinada ahora al transporte á la Caledonia de los sentenciados de ambos sexos.

La Saone se ha convertido en un buque mixto, es decir, que puede andar con vapor y que, con sus tres palos y su excelente velamen, puede prescindir de la máquina cuando el tiempo y el viento son favorables.

El cielo está azul, el mar está apenas agitado por una brisa suave de Noroeste. Reina á bordo gran movimiento. En el puente y en la batería se apresuran, se ejecutan á todo escape las órdenes de los jefes, se hacen las últimas maniobras. Las embarcaciones de la Aduana y de la Inspección de Sanidad están formadas á lo largo del costado. Oficiales, soldados, marinos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

todos se despiden de sus amigos, de sus parientes, que regresan á tierra en una gran chalupa. Suenan silbidos estridentes. El vapor se escapa por una válvula abierta.

A eso de las tres de la tarde, tres grandes lanchas atadas con un cable á un remolcador salen de la isla de Aix y se dirigen hacia la fragata. Llevan unos trescientos presidiarios y unas sesenta mujeres, enviados por las cárceles centrales, particularmente por la de Clermont, á Nueva Caledonia.

En la fragata, la infantería de marina está formada. Los vigilantes de primera y segunda clase, encargados especialmente de la custodia de los presos, esperan á su gente. El comandante pasea, rodeado de algunos oficiales.

Las lanchas se han acercado á la fragata. La que iba la primera se acerca á la escala, y los presidiarios van subiendo silenciosamente sobre el puente uno tras otro.

En lo alto de la escala está el jefe de los vigilantes. Examina á cada preso, y con un gesto le indica la escalera que conduce al entrepuente.

A pesar del cielo azul y del sol que platea las olas, aquella escena es lúgubre. Podía creerse que aquellos vivos van bajando al ataúd.

En cuanto entran en la batería, otros vigilantes los encaminan inmediatamente hacia grandes jaulas provistas de rejas colocadas en fila. Son seis; cada una puede encerrar próximamente unos cincuenta hombres. Las de babor están separadas de las de estribor por un pasillo en el que se pasean los centinelas de

guardia y los vigilantes. Las bordas están cerradas: no las abrirán sino más tarde, para renovar el aire, cuando la costa se haya perdido de vista. Aquella galería es sombría, es triste, es fúnebre.

Vestidos con blusa y pantalón grises, cubiertos con un gorro grande de lana color de chocolate, la mayor parte de aquellos hombres están abatidos, silenciosos, consternados. Hace un momento, cuando se alejaban de la isla de Aix, cantaban y reían. Era preciso amenazarles para conseguir un poco de silencio. Eran felices de partir, de cambiar de aires. «¡En marcha para las colonias!» gritaban agitando sus gorros, como en la Roquette. Ahora comprenden que aquel largo viaje de seis mil leguas será penoso, terrible, mortal para algunos. Echan miradas inquietas á su alrededor; aquellos cañones apuntados sobre sus jaulas en el extremo de la batería los intimidan, los asustan y les hacen perder hasta la esperanza de la sublevación. Algunos piensan también, no en la patria de que van á alejarse para siempre... esos miserables no tienen el sentimiento de la patria... pero piensan en el rincón en que han pasado su infancia, en la ciudad que se levanta allá, allá, donde han vivido, en la mujer, en la querida por la que han robado ó han matado.

Algunos reincidentes, huéspedes antiguos de Brest y de Tolon, ó que han hecho ya el viaje á Cayenne, conservan, sin embargo, una sonrisa burlona en sus ajados labios. Parecen burlarse de las precauciones tomadas contra ellos. Se indican con la mano varios vigilantes que hicieron en otro tiempo el viaje con la cuerda de presos y que, por lo tanto, son antiguos co-

nocidos. Miran también de cuándo en cuándo hacia la jaula de las mujeres. Entre ellas hay algunas que parecen jóvenes y bonitas, á pesar de sus cabellos cortos, de su horrible traje. Acostumbrados á toda clase de engaños, durante una larga travesía no dejarán de encontrar algún medio, ya que no de reunirse con ellas, de entablar conversaciones y correspondencias.

Se oye un gran ruido en el puente. Se ejecutan órdenes rápidamente. Las cadenas del ancla rechinan y caen sordamente sobre la madera del buque. El vapor silba.

La fragata se pone en movimiento. La máquina le comunica un movimiento de trepidación. Un ligero vaivén empieza á sentirse.

Entonces, uno de los vigilantes se aproxima á una de las jaulas y grita: «El número 213.» Un hombre tumbado en el suelo, apoyado contra el muro del buque, se levanta y dice:

—Aquí estoy.

Es Juan Bérard.

II

El vigilante hizo salir al preso de la jaula y le dijo: —Vaya usted delante de mí, hacia allá.

Y al mismo tiempo le indicaba una escalera que conducía de la batería al puente del buque.

Algunos segundos después, Bérard respiraba al aire libre, bajo la luz del sol. Echó una mirada á su alrededor; delante de él, el mar, siempre el mar, lo desconocido, lo infinito. Detrás de él, la tierra, la costa lejana, medio borrosa, la Francia. Se alejaba de ella sin sentimiento, sin dolor. No dejaba á nadie que le fuese querido: hacía mucho tiempo que su hija había abandonado aquel suelo y le esperaba allá, á seis mil leguas allende los mares; y aquella inmensidad que se extendía ante él, en vez de asustarle, encantaba sus ojos, exaltaba su imaginación sobrecitada por los padecimientos. Le parecía ver en los límites del horizonte á Juana, á su hija adorada, á su divina *Reina de Hermosura*, iluminada, dorada por los rayos del sol poniente, radiante, deslumbradora.

—No se mueva usted de aquí y espere con la cabeza descubierta—le dijo el vigilante.

El oficial de guardia, al ver á aquellos dos hombres, se aproximó y dijo:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—El comandante ha mandado que se le traiga á este preso—contestó el vigilante.

—Es verdad. Me lo han avisado.

Llamó á un cabo y le dió instrucciones.

Un momento después, Bérard se hallaba en presencia de M. C., comandante de la *Saone*, capitán de navío, de unos cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, alto, de aspecto frío, de rigurosa severidad á bordo, según decían, pero también excesivamente justo.

—Que dejen á este hombre aquí conmigo—dijo.—Que le esperen en el puente...

Cuando estuvo sólo con Bérard, le preguntó:

—¿Se llama usted Juan Bérard?

—Sí señor.

—¿Es usted el que ha sido condenado á cadena perpetua por haber asesinado al príncipe ruso Lavisine?

—No señor.

—¡Cómo no señor! ¿Hay dos Juan Bérard á bordo? Se han equivocado al traerle aquí.

—No lo creo, mi comandante... Pero me acaba usted de decir que he sido condenado por haber asesinado al príncipe Lavisine, y he contestado que no... He sido condenado porque la justicia ha creído que yo había asesinado al príncipe... No es lo mismo.

—Para usted, bueno. Pero para mí es lo mismo—repuso fríamente el comandante.

—Lo sé, caballero... Pero, por respeto á mí mismo, tenía el deber de protestar.

M. C... le miró con más detenimiento que hasta entonces. Le sorprendía su voz tranquila y enérgica, al mismo tiempo que su aspecto, su actitud, la expresión de su rostro.

Cuando hubo acabado su examen, repuso:

—El ministro de Marina se ha servido hacerme el honor de escribirme él mismo con respecto á usted... Aquí está su carta... No tengo motivo alguno para ocultar lo que dice... Me participa que ciertas consideraciones han impedido complacer las apremiantes recomendaciones de que ha sido usted objeto... Al enviarle á Noumea, han tenido que satisfacer exigencias diplomáticas... Pero por otras razones, y á consecuen-

cia del interés excepcional que le demuestra á usted una persona influyente, se desea que esté tratado lo mejor posible á bordo... Tal es el sentido de la carta... Quiero tener presentes las recomendaciones del ministro; por eso le he mandado llamar á usted.

Bérard se inclinó sin contestar.

—La travesía que vamos á hacer—prosiguió el comandante—será larga y penosa para los oficiales, para la tripulación, para los soldados, para todo el mundo. Pero será terrible, lo comprendo, para los presidiarios que tengo encargo de trasladar á Caledonia. Vivirán, en número crecido, en un espacio pequeño y serán tratados con extremada severidad... Es indispensable... Hay entre ellos algunos exaltados, rebeldes, indomables, furiosos, que no pueden en manera alguna ser sujetos usando de indulgencia y de dulzura, que sólo producirían un relajamiento en la disciplina, y la disciplina es de absoluta necesidad en el mar, en un buque de guerra, en las condiciones en que se encuentra éste... No quiero que comparta usted la vida horrible que el deber y la seguridad de la tripulación me obligan á imponer á los presos... Comprendo también que su trato, el contacto continuo con ellos serían un verdadero tormento para usted... No volverá usted á la batería... Se le buscará un rincón en la proa, en donde pueda usted vivir solo, como si estuviese en la celda de una cárcel... Es usted un hombre instruido... Para ocuparle, le confiaré á usted algunos trabajos... En una palabra, encargaré que todos se muestren indulgentes para con usted... ¿Está usted satisfecho? ¿Tiene algún otro favor que pedirme?

—Sí señor—dijo Bérard,—puesto que me lo permite usted.

—¿Cuál?

—Quisiera volver al entrepuente... sufrir mi condena con todo rigor... no ser objeto de ninguno de los favores que ha tenido la bondad de proponerme, y que le agradezco desde lo más profundo de mi corazón.

III

El comandante de la *Saone*, asombrado, miraba á Bérard. Creía haber oído mal. ¡Cómo! ¡Aquel preso, á quien se dignaban hacer ofrecimientos tan preciosos, dada su situación, los rehusaba! ¡Aquel hombre bien educado, aquel hombre científico, quería vivir en contacto con aquellos ignorantes, con aquellas gentes groseras, con aquellos miserables de la peor ralea, con aquellos criminales! ¡No se asustaba de aquella promiscuidad terrible! ¡Cuando le ofrecían el aislamiento, el aire libre, vastos horizontes, el cielo, el sol, decía que quería vivir en la sombra, en la oscuridad, que quería volver á bajar al infierno! ¡Quería padecer en medio de aquellos condenados! El comandante, cuya curiosidad se había excitado, deseaba conocer el motivo de esa negativa.

—Tengo varios motivos—contestó Bérard.—Pero temo...

—Puede usted hablar lo que guste... No le haré á usted traición.

—No lo dudo, caballero... Lo que temo es, que no se me comprenda.

—Pues bien, no se le comprenderá á usted... Pero empiece por explicarse.

De pie, ante el comandante sentado, con su gorro en la mano, con el cuerpo erguido, Bérard decía:

—El primer motivo que me obliga á desear no ser objeto á bordo de ningún favor especial, procede de un sentimiento de temor, de cobardía... No tengo presente más que mi interés personal, y, prudentemente, sacrifico el presente al porvenir... En efecto, nada me asegura que encuentre en Caledonia, con los jefes del presidio, una benevolencia igual á la que se ha dignado usted demostrarme, caballero... Pueden, en cuanto llegue á la isla de Nou, volverme á colocar con mis semejantes, obligarme á compartir su existencia, imponerme la promiscuidad que la generosidad de usted quería apartar hoy de mí... Entonces, créalo usted, se acordarían de la excepción hecha en obsequio mio únicamente, de los favores que se me habían concedido, y me los harían pagar muy caros. Entre hombres condenados á sufrir toda clase de privaciones, á todas las tentaciones, nacen, fermentan, crecen á cada instante los celos, la envidia, el odio... La vida se hace intolerable para el desdichado que despierta, excita ó activa esos sentimientos... Sobre él recaen todas las contrariedades, todas las iras... No tiene un solo instante de

tranquilidad. Le devuelven los insultos, las brutalidades, los golpes de los vigilantes... Se vengan sobre él de todas las miserias sufridas... Tengo miedo, caballero, sí, tengo miedo, al pensar en la existencia que me estaría reservada... Podría durar diez años, veinte años, toda mi vida... ¿No estoy sentenciado, acaso, á perpetuidad?

El comandante, con los ojos fijos en Bérard, le había escuchado con atención.

—Lo comprendo—dijo;—tal vez tenga usted razón. ¿Pero no decía usted que tenía varios motivos para rehusar los favores que yo quería concederle?... ¿Cuáles son los demás?

—No me queda más que uno, caballero, pero es muy difícil de expresar.

—Procure usted hacerlo.

—Durante la larga ociosidad de la cárcel—continuó Bérard—he meditado mucho... Mi espíritu, mi imaginación se han exaltado... es una de las consecuencias del aislamiento... He acabado por decirme que si la casualidad, la suerte, mi destino me habían convertido de repente en un acusado, luego un sentenciado, luego un preso, y por fin un presidiario, es que tengo tal vez que cumplir una misión para con ciertos hombres... Sí; más instruido, más inteligente, mejor que todas esas gentes que han llegado á ser compañeros míos, puedo tratar de combatir su rebajamiento, de arrancarles á su abyección... No pretendo pronunciarles discursos ni sermones; no pretendo convertirme en predicador del presidio; quiero únicamente predicar con el ejemplo, y con mi conducta, con mi

resignación, hacer que se vuelvan menos rencorosos, menos implacables, luchar contra su dureza, contra su bestialidad... Al principio se reirán de mí; ¡qué me importa! El hombre que trata de hacer el bien debe exponerse á las burlas... Sé lo que me espera... Pero si llego á salvar á uno nada más, si consigo inspirarle sentimientos humanos, entonces, caballero, no sentiré los tormentos que voy á sufrir por mi propia voluntad, á pesar de su benevolencia, á pesar de su parecer de usted.

El comandante se levantó y, con menos frialdad en la expresión de su rostro, con voz en que se advertía ligera emoción, dijo sencillamente:

—Está bien, haga usted lo que guste... Pero si le ocurriera cambiar de parecer, no tiene más que solicitar hablar conmigo... Conservaré mis buenos propósitos con respecto á usted.

En seguida llamó al vigilante y le devolvió el preso.

Al pasar por el puente, Bérard volvió á echar una mirada en torno suyo. No se veía ya la costa; el mar se extendía hasta lo infinito, el sol acababa de desaparecer y todo el horizonte estaba teñido de rojo. Entonces creyó de nuevo ver á lo lejos, en una gran estela luminosa, en una nube de púrpura y oro, á su Juana querida, á su *Reina de hermosura*.

—Vamos, baja más de prisa—le dijo el vigilante. Obedeció, volviéndose á internar en aquel infierno.

IV

Entre los presidiarios con los que se había rozado Bérard durante su permanencia en la isla de Aix, había uno, llamado Fortier, sentenciado también á cadena perpetua por asesinato. Era un hombre de unos treinta años, pálido, de mirada intensa, de labios gruesos, encarnados, que, al entreabrirse, descubrían unos dientes blancos, finos, algo puntiagudos, dientes de lobo. Con otro traje, con los cabellos más largos, y con su bigote, que debió ser negro y espeso antes de cortarse, hubiera podido pasar por un chico guapo. Era de estatura regular, más bien delgado que grueso. Pero sus músculos desarrollados, sus hombros anchos y cuadrados, su cuello robusto, indicaban una fuerza poco común, uno de esos hombres nerviosos por completo, de acero. Fortier se sintió atraído hacia Bérard, y éste, después de haberle estudiado durante algún tiempo, había consentido en hablar con él. Aquellos dos hombres se completaban uno á otro: éste tenía la fuerza material; aquél la fuerza intelectual, moral.

Sus mismos compañeros los admiraban como inteligentes, como artistas, y los tenían en opinión de asesinos superiores, saliéndose de lo vulgar: Fortier ha-

bía dado sesenta y dos puñaladas á su víctima. Le había acribillado el pecho y le había hecho tan profundo agujero en la región del corazón, que, en el momento de la autopsia, no se había podido encontrar aquel órgano. «En su furor, el asesino se lo habrá comido quizá,» dijo el médico forense.

Lo que justificaba la sentencia á cadena perpetua era el número de las puñaladas, pues, por lo demás, nada indicaba que el móvil del asesinato hubiera sido el robo. La acusación lo atribuía á sentimiento feroz de celos contra un rival preferido tal vez. Pero la verdad no había llegado á conocerse por completo: Fortier se había negado á aclarar ese punto.

Por su parte, Bérard se había atraído el aprecio de sus colegas por haberse servido de una bomba de dinamita y haber matado á un príncipe conocido, fabulosamente rico. Para aquellos hombres, eso constituía un título de nobleza, cuyo pergamino era la bomba misma. En cuanto á suponer que Bérard era inocente, como él lo había sostenido ante el jurado, ni siquiera lo pensaban. Su inocencia les hubiera molestado, se hubieran desilusionado con respecto á él. Creían que Bérard había representado ante el jurado el sempiterno papel de inocente perseguido en que tan prácticos eran ellos. Al oírles, en efecto, tenía uno que creer que las personas robadas, violadas, envenenadas ó asesinadas por ellos eran las únicas culpables, y que ellos no eran más que las víctimas.

—¿Qué le querían á usted?—preguntó Fortier, escurriéndose junto á Bérard en cuanto éste hubo vuelto á ocupar su sitio en la jaula.

Aquellos dos hombres, por excepción, no se tuteaban nunca.

—El comandante—contestó francamente Bérard—me mandó llamar para decirme que yo le había sido recomendado muy particularmente, y para proponerme que fuera á vivir allá arriba en el puente, casi en libertad.

—¿Y qué? ¿Habrá usted aceptado?

—No, he rehusado.

—¿Por qué?

—Porque me necesita usted aquí.

—¡Ah! ¡ha sido por mí... Muchas gracias—dijo Fortier, cuyos ojos brillaron.—En efecto, le necesito á usted... Nunca le he necesitado tanto... La desesperación se ha apoderado de mí desde que he puesto los pies en este buque, en esta jaula, en la que parecemos todos fieras... Cuando usted ha vuelto, estaba yo pensando si no me convendría más tomar carrera y romperme la cabeza contra esos barrotes de hierro...

—¿De veras?

—Sí... Las miserias que nos esperan me asustan... Mire usted... ¡Qué espantoso amontonamiento!... ¡Cincuenta hombres en esta jaula, en que no caben más que veintel... No podemos ni aun dormir, es decir, olvidar... ¡Y qué calor se siente ya! Para poder respirar, uno de los nuestros ha entreabierto una porta de la batería... Le han mandado al calabozo, en el fondo de la bodega... ¡Qué principio de viaje! Y eso que ahora hace buen tiempo... ¿Qué será de nosotros cuando tengamos temporal, cuando rodemos unos por encima de otros?... ¿Y en las costas de Africa, cuando no tenga-

mos ni aire que respirar?... Una hora al día sobre el puente... El resto del tiempo en esta cueva infecta... ¿Y los castigos, los insultos... los golpes... las enfermedades?... ¡Ah! no tienen derecho para hacer sufrir tanto á seres humanos... Estamos condenados á cadena perpetua y no al tormento. Tormento de cada hora, de cada instante... Pueden matarnos de un solo golpe, pero no martirizarnos... Cuando yo he matado, he herido á mi enemigo desde el principio en el corazón. Me ensañé después, pero con un cadáver... ¡Sería furor, rabia, bestialidad, no lo niego! Pero no era crueldad.

—Cálmese usted—le dijo Bérard.—Cálmese usted... Podrían oírnos.

—¿Qué me importa?

—Entonces, cálmese usted por mí; por mí, que he venido á compartir sus miserias.

Sombrio, estremeciéndose aún, Fortier se arrojó en un rincón de la jaula y no volvió á desplegar los labios.

V

A las cinco, los habitantes de la batería hicieron su primera comida; es decir, que entregaron á cada uno la sexta parte de un pan de munición, una galleta, y trajeron en grandes barreños una sopa de arroz. Tal es la comida que los sirven, por lo regular, de sie-

te veces cinco. Esa sopa se sustituye, dos veces por semana, con otra sopa que tiene grandes pretensiones, pues le añaden doscientos cincuenta gramos de carne fresca ó en conserva. El almuerzo, que se verifica á las once de la mañana, se compone de un cocido de judías secas, de galleta, de pan en la misma proporción que para la comida, y de medio cuartillo de un vino espeso. Para poder esperar la hora del almuerzo, los presidiarios tienen también derecho, por la mañana, á una taza de café puro.

Para esas comidas, están divididos en escuadras de diez hombres, á las que dan el nombre de plato, nombre demasiado pretencioso, pues ya hemos dicho que el plato no es más que un barreño. Cada escuadra tiene su jefe de plato, encargado de cuidar que no se coma con demasiada suciedad y de impedir que los glotones engullan la ración de los demás.

Aquella primera comida á bordo de la *Saone* fué muy accidentada. La fragata, ya en alta mar, empezaba á balancearse, y aquellos hombres, que en su mayor parte no habían puesto nunca los pies en un buque, se entrechocaban, se tropezaban, caían unos sobre otros y tenían que apoyarse mutuamente para no rodar por el suelo.

Después de aquella comida frugal y atormentada, vino la distribución de hamacas y de mantas; luégo tocaron á silencio, y los presidiarios, de los que la mitad se acostaron en hamacas y la otra mitad se tumbaron en el suelo, procuraron dormir.

La noche fué corta. A las cuatro de la mañana les despertaron las cornetas. Acudieron los vigilantes y

mandaron que se procediese inmediatamente á la limpieza de las jaulas. Todos los hombres recibieron orden de levantar el pantalón hasta el muslo, de des calzarse y de remangarse las mangas de la blusa hasta el codo. Después encargaron á unos que maniobrasen con las bombas, mientras que los demás barrían y frotaban el piso.

Cuando se acabó la limpieza, un nuevo toque de corneta anunció la inspección. Aquel día, que era jueves, debía hacerla el mismo comandante. Pronto apareció, seguido de la plana mayor, del doctor y del capellán. El jefe de los vigilantes, al frente de sus subordinados, le esperaba al pie de la escalera. Los presidiarios, de pie, con la cabeza descubierta, estaban en dos filas á lo largo de las rejas de las jaulas.

Se les había avisado que podían dirigir reclamaciones al comandante. Recibió algunas, las acogió fríamente, dando, sin embargo, varias instrucciones á los vigilantes. Se detuvo delante de una de aquellas jaulas y pareció que buscaba con la vista á alguien. Era á Bérard. Le conoció, esperó á que el presidiario se acercase á hablarle, y, después de haberse convencido de que no parecía desear decirle nada, continuó su inspección, que acabó muy pronto.

Entonces corrieron voces en la batería de que se iba á proceder á la elección de jefes de jaula. Este empleo, de los más subalternos y de los menos honoríficos, tiene, sin embargo, entre tales gentes una gran importancia: el jefe de jaula manda los trabajos, vigila la distribución de los alimentos, nombra los jefes de plato, indica los que están enfermos, hace cumplir el

reglamento, mantiene el orden, impone silencio é impide las disputas. Debe tener bastante influencia sobre sus compañeros para hacerse obedecer. Pero ¡ay de él si no se ejecutan sus órdenes! Asume todas las responsabilidades, todas las faltas recaen en él. Sobre él caen todos los castigos.

Fortier se había acercado á Bérard.

—Quieren nombrar á usted jefe de jaula—le dijo.

—Y eso ¿qué es?—preguntó Bérard.

Fortier se lo explicó.

—¡No quiero, no quiero!—exclamó Bérard.

—Tenga usted cuidado... Aquí no tiene uno derecho para negarse á prestar ciertos servicios... Tal vez le castigarán á usted llevándole al calabozo, y yo no podría ver á usted en mucho tiempo... Y, sin embargo, es preciso que le vea, que le sienta cerca de mí, que me proteja usted contra mí mismo... que me impida usted una tontería... ¡Ah! ¡si usted supiera lo que me sucede... lo que he descubierto esta mañana, mientras el comandante inspeccionaba nuestras jaulas y la de las mujeres!... ¡Es para volverse loco!

—Pues ¿qué sucede?

—Ya se lo diré luego, más tarde.

Les interrumpieron. Mientras que hablaban, sus compañeros se habían reunido en un rincón; después, tres de ellos, separándose del grupo, acababan de acercarse á Bérard.

—Mis compañeros me encargan—dijo uno de ellos—que te suplique aceptes las funciones de jefe de jaula... Procuraremos obedecerte y no darte demasiados disgustos.

—¿No me odiaréis si os mando?

—No, puesto que te lo suplicamos.

—Corriente—dijo Bérard;—acepto.

Un nuevo toque de corneta anunció el almuerzo.

Bérard entró inmediatamente en el desempeño de su cargo.

VI

Durante dos días, Fortier no hizo intención de acercarse á Bérard; permaneció silencioso, sentado junto á los barrotes de la jaula. Parecía mirar con interés el movimiento que había en el pasillo, el ir y venir de los vigilantes y de los encargados de los servicios. Pero el que le hubiera observado con atención hubiera notado que su mirada se fijaba con preferencia en una jaula más pequeña que las demás, situada en frente de la batería. Era una de las dos jaulas en que estaban encerradas las mujeres sentenciadas á reclusión en las cárceles centrales, y que habían conseguido la autorización de acabar su condena en Caledonia.

Grandes compuertas de madera cubrían la jaula por aquel lado é impedían ver á sus moradoras... precaución muy sensata, muy humanitaria, que no se ha llevado siempre á cabo en los transportes. Olivier Pain, en su libro titulado *Henri Rochefort*, dice lo

siguiente: «Enfrente de la jaula de Rochefort se hallaba la que encerraba á Luisa Michel y á veintiuna ciudadanas deportadas también. Si la deportación era terrible para los hombres, para las mujeres era intolerable, pues se veían precisadas á practicar hasta los menores detalles del cuidado de su limpieza corporal bajo las incesantes miradas de los vigilantes.» Pero aquello fué una excepción. En la mayor parte de los buques, la jaula destinada á las mujeres ha estado siempre cerrada con puertas, ó simplemente con tablas, que resguardaban á las presas de las miradas indiscretas, pero que tenían el inconveniente grandísimo de interceptar el aire, ahogándolas cuando el buque llegaba á las regiones tropicales.

Por lo demás, nuestros lectores pueden tener completa seguridad de que absolutamente todos los detalles referidos en este libro son exactos, proceden de buen origen y que no incurriremos en la más pequeña exageración. Nos han sido facilitados por presos políticos que han compartido la vida de los presos por crímenes comunes y que han sido tratados exactamente lo mismo que ellos, á veces más duramente aún. Hablan de todo esto, de todas esas miserias espantosas, sin amargura, sin pasión, sin violencia, cosa rara y hermosa que permite darles completo crédito.

Fortier inquietaba á Bérard, que seguía la dirección de su mirada y se extrañaba de verla siempre fija en aquellas tablas. Se acordaba también éste de las palabras pronunciadas por su compañero. Entonces, obedeciendo á un interés, á una simpatía inconsciente hacia aquel hombre, se aproximó á él y trató de ani-

marle á que le hiciese confidencias. Temía dejarle vivir en el aislamiento de sus ideas. Al verle triste y abatido, temía que fuese víctima de la locura que se declara con tanta frecuencia en los presos.

Fortier empezó por resistirse á las instancias de Bérard.

—No quiero hablar...—decía.—Tengo miedo á mis recuerdos.

—Pero recuerda usted á solas consigo mismo. ¿No sería mejor que recordase conmigo?

—Sí, tal vez, puede ser...—dijo de pronto Fortier levantándose.—Pero ¿cómo hablar? Nos oirán... Cuando tenga que contarle ciertas cosas, no podré dominarme ni contener mi voz.

—Sí. Le recordaré que debe hablar muy bajito... Y además, en este rincón, no podrán oírnos... La mitad de nuestros compañeros está arriba en el puente. Nuestra jaula está ménos llena que de costumbre. Podemos aislarnos... Mire usted, aquí, junto á la reja del fondo.

Y, al mismo tiempo, le empujaba hacia el lado que le indicaba. Fortier, después de haber titubeado un instante empezó con voz sombría:

—Hasta ahora sólo conoce usted mi crimen... Pero no sabe cómo y por qué lo he cometido... Voy á decirselo... Antes de ser asesino, he sido un hombre honrado... un buen obrero... Comencé por ser pintor de muestras, y poco á poco llegué á que me emplearan los pintores escenógrafos... Pintaba los fondos, los cielos, y lo hacía bastante bien... Ganaba en ese oficio diez, quince y hasta veinte francos por día... Era muy

feliz. Por mi desgracia, una mujer vino á vivir á la casa que yo habitaba en Montmartre; se mudó al mismo piso que yo. Decía que era encajera y pasaba por ser muchacha honrada. Ya no me acuerdo cómo llegué á conocerla. Pero el caso es que, poco después, me recibía en su casa, por las noches, cuando acababa mi trabajo, y al fin me enamoré perdidamente de ella. ¡Era tan linda, tan hermosa!... Figúrese usted...

De pronto se paró, escuchó con atención, miró hacia el pasillo que separaba las jaulas de babor de las de estribor, y, agarrando el brazo de Bérard, apretádoselo con fuerza, le dijo con voz conmovida:

—Los compañeros vuelven... Ahora van á salir las mujeres á pasear por el puente... Sé que van á subir hoy... ¡Venga usted, venga usted!... Va usted á verla pasar... Así no necesitaré hacer su retrato.

VII

Fortier no se había equivocado: el paseo de las mujeres, que por diversos motivos se había demorado, debía tener lugar aquel día. A eso de las tres de la tarde, un cabo de vigilantes vino á avisar á las hermanas de San José de Clutzy, que hicieron salir á las presas de su jaula. Aquellas hermanas, que eran tres ó cuatro, sustituían á los vigilantes en la custodia de

las mujeres, y son las únicas que pueden comunicarse con ellas, mantener el orden en aquel rebaño indisciplinado y rebelde. Tal es el reglamento. Pero cuando hay que aherrojar á alguna mujer... pues las castigan lo mismo que á los hombres... y se resiste y se enfurece, las hermanas se ven precisadas á llamar en su ayuda á los vigilantes. Y además, en una larga travesía, cuando los vigilantes, los marineros y hasta los oficiales están hambrientos por un largo ayuno, les sucede algunas veces, aunque pocas, el infringir el reglamento.

Las presas salieron de sus jaulas y se dirigieron hacia la escalera que daba acceso al puente. Para llegar hasta allí, tenían que pasar por delante del departamento en que se encontraban Bérard y Fortier. Este, de pie, con la frente apoyada en las rejas, esperaba su paso. Al verle de aquel modo, con la mirada ardiente, erguido en su jaula, se hubiera podido tomarle por una fiera que olfatea de lejos á su domador, le ve llegar y se estremece.

Iban desfilando una á una, conducidas por la religiosa que iba delante. Todas eran más ó menos jóvenes. Aquellas mujeres, destinadas á casarse en Caledonia, bien con penados que están cumpliendo la condena, ó bien con los que han sido licenciados y que han obtenido la concesión de un terreno, no pueden pasar de los treinta y cinco años. Algunas eran bastante lindas, á pesar de su traje, que no las agraciaba mucho, por cierto: un vestido de indiana de color oscuro, mal confeccionado, demasiado largo, demasiado estrecho ó demasiado ancho; un pañuelo de cuadros

grandes, cruzado sobre el pecho y atado por la espalda; en la cabeza un pañuelito que ocultaba sus cabellos; en los pies, grandes zapatos informes.

De repente, Fortier, soltando el barrote que oprimía su mano, cogió el brazo de Bérard y le dijo con voz baja, contenida y trémula de emoción:

—Ésa es, ésa es!... Va á pasar por delante de nosotros.

Bérard miró. La que se le indicaba era una joven alta y hermosa de unos veinticinco años, con hombros anchos y graciosos y con pecho robusto y bien formado. Bajo su falda ceñida se dibujaban sus caderas muy pronunciadas y sus formas correctas. Tenía las cejas muy arqueadas, los ojos bien rasgados y muy negros, la nariz recta, de líneas muy puras; la boca algo grande, con labios encarnados, gruesos; un color pálido, pero un pálido animado. Era robusta como una muchacha del campo, pero la corrección de las líneas y la armonía de los contornos le daban la apariencia de una mujer de elevada cuna.

Había visto á Fortier, de lejos, y andaba lo más despacio posible, envolviéndole en una mirada ardiente, sonriéndole con sus húmedos labios y sus blancos dientes. Llevaba la cabeza y el talle erguidos, para hacer resaltar aún más su pecho exuberante. Sus fosas nasales se dilataban, su boca se entreabría, como si buscara, como si aspirara un largo beso.

Él, con las manos crispadas, retorcía los barrotes. Parecía que quería sacar la cabeza para verla más de cerca, que quería pasar todo el cuerpo para reunirse con ella y estrecharla en sus brazos.

—Marcela Hebert, ande usted más de prisa—dijo una de las hermanas.

Hizo como que no lo había oído y continuó con el mismo paso, lento, cadencioso.

Fortier fijaba ahora la vista en aquella nuca poderosa, atravesada por una línea de pelo que iba á perderse en la espalda.

En el momento de subir el primer escalón, y antes de desaparecer, Marcela se volvió para enviarle un último beso con los labios, á través del espacio.

Él se quedó de pie, inmóvil, mirando siempre hacia el sitio en que había desaparecido, tratando de verla aún con el recuerdo; después, de pronto, se volvió y dijo á Bérard con voz sorda:

—¡Ya la ha visto usted! ¡ya la ha visto usted! ¿No es verdad que es muy hermosa? He matado por ella... Por ella estoy aquí... Venga usted, venga usted. Se lo contaré todo, todo... Quiero estar hablando de ella hasta que la vuelva á ver, hasta que vuelva á pasar.

Y, bruscamente, arrastró á Bérard al extremo de la jaula, le empujó contra las rejas, y, de pie delante de él, aislándole de sus compañeros, iba á empezar sus confidencias, cuando una voz gritó:

«¡Atajo de canallas! ¿queréis callaros? Hay más ruido en esta jaula que en todas las demás juntas... ¡Bribones, miserables!»

VIII

El que acababa de imponer silencio á los presos con aquellas expresiones injuriosas y con aquella brutalidad, era un jefe de vigilantes. En Caledonia, el personal de vigilancia se compone de un vigilante principal, que reside en el depósito de la isla de Nou, de varios jefes de vigilantes y de vigilantes militares de tres clases. En los buques destinados al transporte de penados se encuentran, por lo regular, muestras de todos esos individuos. Acaban de disfrutar de una licencia en Francia, tornan á Caledonia y, en cuanto se embarcan, vuelven á desempeñar su cometido como si hubieran llegado á la isla de Nou.

Durante la mayor parte del tiempo, hacen su servicio con el insulto en los labios, el puño levantado y el revólver en la cintura. La dureza, la ferocidad son tradicionales en el presidio. No puede ser de otro modo. Ese personal se recluta generalmente entre los cabos y sargentos de infantería de marina de peores antecedentes, y hasta entre los simples soldados, pues hoy, ya, ni los peores sargentos y cabos se prestan á cumplir tal misión, á desempeñar ese puesto. Aquellos hombres de naturaleza grosera, brutales en su

mayor parte, viciosos con frecuencia, no conocen más que un solo medio para hacerse obedecer: la amenaza... amenaza de un castigo corporal, amenaza de una cruel venganza... No se les ocurre nunca ofrecer al preso la esperanza de una recompensa, pues éste, sometido casi siempre á todos los caprichos, á todas las arbitrariedades, castigado aun cuando se porte bien, tiene, por lo regular, interés en portarse mal. Roba para comer, porque está alimentado de un modo insuficiente, y porque los mismos proveedores de la administración roban también en la calidad y la cantidad de los alimentos. Sólo que los proveedores se enriquecen, mientras que los presidiarios, por un delito que se castigaría en Francia con quince días de cárcel, se ven condenados á diez, á veinte y hasta á cuarenta años de presidio. Los consejos de guerra en Caledonia acostumbran á aplicar siempre el máximo de la pena. El nuevo gobernador de Caledonia, M. Pallu de la Barrière, parece animado de mejores intenciones. Acaba de introducir grandes reformas en el presidio. Parece que entiende la justicia y la humanidad de una manera muy distinta á la que ha servido de norma hasta ahora. Es de apetecer que pueda continuar su obra.

Carlos Robin, el jefe de vigilantes que acababa de aparecer, era un hombre bastante guapo, de unos treinta años, rubio, sanguíneo, robusto, que fué sargento en el tercer regimiento de infantería de marina. Se le suponían aficiones amorosas y se le achacaban algunas conquistas entre la sociedad femenina de Noumea; conquistas, por lo demás, muy fáciles, pues parece

ser que las buenas costumbres no han ido á refugiarse en aquella parte del globo.

Después de haber pasado por delante de la jaula y soltado sus insultos y sus amenazas, subió al puente, atraído tal vez por la presencia en aquel sitio y en aquel momento de las mujeres que se estaban paseando.

En cuanto hubo desaparecido, Fortier, arrebatado desde que había visto á Marcela Hebert, continuó su conversación con Bérard.

«Ya le he dicho á usted—dijo con animación, pero con voz sorda—que Marcela vivía en mi misma casa, en el mismo piso que yo, y que llegué á enamorarme locamente... La creía mujer honrada, viviendo del producto de su trabajo, como yo vivía del mío, y le propuse casarme con ella... Se negó... Y, sin embargo, yo la gustaba, al parecer... Parecía quererme... Sí, no tenía nada de particular que me equivocase. Por aquel entonces, me miraba como me ha mirado hace un momento... ¿La ha visto usted?... Yo la veo, no dejo de verla... Ha querido renovar mis antiguos recuerdos, abrasarme la sangre, volverme loco.

Cuando me miraba así, intentaba yo cogerla en mis brazos, acercar mis labios á su boca entreabierta; pero no quería... se resistía... me rechazaba... me amenazaba con no volver á recibirme... con abandonar la casa... con desaparecer para siempre si me valía de recursos violentos... Entonces me atemorizaba: me alejaba de ella y la obedecía.

Así pasaron tres meses... Tres meses durante los cuales cambiamos palabras ardientes, miradas, apre-

tones de manos... Una noche me dijo: «No puedo seguir recibiendo á usted en mi cuarto... Ya han empezado á hablar de nosotros en la casa... y yo quiero conservar mi reputación de mujer honrada...» Al verme triste, desesperado, añadió:

«Tranquílese usted... No perderá usted nada; al contrario... Una señora para la cual he trabajado varias veces, y que me quiere mucho, se ha marchado á Niza, á pasar el invierno, y me ha encargado el cuidar de su casa durante su ausencia, de ventilarla y de arreglarla... En lo sucesivo, pasaré en esa casa las tardes, en vez de trabajar aquí, en este cuartito... Tengo la llave de aquella casa, que está en la calle de Provence... Está muy bien amueblada, muy elegante... Venga usted á verme tres veces por semana á las seis de la tarde... ¿Le conviene á usted? ¿Quiere usted?»

IX

—¡Ya lo creo que me convenía! ¡Ya lo creo que quería!—continuó Fortier con la misma voz algo velada, pero conmovida, penetrante... Aquello era una cita... y puesto que se le había ocurrido el dársela, era que me amaba... era que, por fin, se había decidido á entregarse á mí... Por lo visto, había resistido hasta

entonces por temor de que la sorprendieran conmigo en su cuarto mal cerrado, en aquella casa en que la espían continuamente... Ahora... ¡Ah! era el más feliz de los mortales.

Esperé con la mayor impaciencia el día de la primera cita... Por fin llegó... Me había vestido y arreglado con esmero... Le aseguro á usted que tenía buen aspecto... Parecía un caballero.

Pasé por delante de la portería sin preguntar nada, como habíamos convenido... Subí al tercer piso... Llamé... Transcurrió un segundo... Sale ella misma á abrirme, cierra en seguida la puerta, y me introduce en un gabinetito... Había pocos muebles, pero sí tapices, colgaduras, cortinas á medio descorrer, un gran diván... ¡Ah! me parece estar aún en aquella habitación en que tan feliz he sido y en la que también he sufrido tanto...—

Se detuvo un instante para tomar aliento, y prosiguió:

—Marcela Hebert disponía de todo como si hubiera sido la dueña del cuarto que le habían confiado, así como también de los trajes de la inquilina... Para recibirme, había cambiado su vestidito de merino negro por una bata de seda grana, medias de seda negra y zapatillas de satén. Con esa transformación, con los cabellos casi sueltos, con la bata entreabierta sobre el pecho, estaba deslumbradora... ¡Qué pechol Mármol vivo, mármol caliente.

¡Figúrese usted, yo, modesto trabajador, viviendo en un cuartito, ignorante del lujo de los ricos, de los apetitos que despierta!... ¡Figúrese usted, yo, trans-

plantado de pronto á aquel gabinete, lleno por completo de perfumes nuevos para mí... junto á aquella hermosa joven, que tan ardientemente deseaba yo y que me parecía más encantadora que nunca en aquel lujoso cuadro!

Sentada á mi lado en el diván del gabinete, con la cabeza apoyada en un almohadón, me miraba con sus grandes ojos lánguidos y parecía decirme: «¡Te quiero; ven!»

No me atrevía... Temblaba... Tenía miedo de que me rechazase otra vez más. Prefería seguir viviendo en mi incertidumbre, con mi esperanza.

Sin embargo, de repente me arrojé á sus pies, la enlacé en mis brazos y le dije... ¡Ah! lo que dicen todos los que adoran á una mujer y la desean con todos sus sentidos... Palabras sin ilación que se repiten sin cesar... Frases cortas y sin acabar... Palabras que parecen gritos.

Muy elocuente debía yo ser, pues me animaba con sus miradas... Parecía decirme: «Así, así. Así hay que hablar. ¡Así te quiero!»

Aquellas miradas me infundían audacia... Acerqué mis labios á los suyos... Entonces, no trató ya de resistir, no trató de rechazarme. Pero después de mi primer beso se levanto, como si temiese quedarse en el mismo sitio en que estaba, como si se viese expuesta á grandes peligros, y dió algunos pasos en el salón... Creí que iba á alejarse y á desaparecer... No... Se quedó de pie, frente al portier que separaba el gabinete de la pieza contigua.

Seguía llamándome con la mirada... Me reuní con

ella... Cayó en mis brazos y recibió de nuevo mis besos. Creí que iba á ser mía, mía por completo, que iba á entregarse; quise llevarla al sitio que acababa de dejar. Me rechazó con todas sus fuerzas, gritando: «No, no... No quiero... no quiero.»

Llegué á alcanzarla. Se defendió con energía extraordinaria... Ya la ha visto usted... Y es muy fuerte... Tan fuerte como yo... más fuerte aún, porque yo temía hacerle daño, asustarla con mi brutalidad, perderla para siempre... Me decía: «En nuestra próxima cita seré menos rebelde, más sumisa... Hoy he adelantado bastante... Mañana adelantaré más.»

El mañana llegó... A aquel mañana siguieron otros... Y siempre se reproducía la misma escena... Estaba siempre tan tierna, tan enloquecedora como desde el principio... Su mirada, sus labios me hacían siempre las mismas promesas, que no ha cumplido nunca... Ha escuchado las mismas frases y no ha contestado nada... Me ha dejado besarla, pero nada más que besarla... ¡Ah! ¡qué tormento, qué martirio, y, al mismo tiempo, qué goce el ser atormentado así!

Sin embargo, sufría demasiado y huí de ella. El teatro de los Celestinos, en Lyon, necesitaba pintores escenógrafos. Hice que me mandaran allá... Esperaba olvidarla, ó más bien esperaba que á mi regreso sería menos cruel...

Vuelvo á los pocos días... Entro en mi habitación de Montmartre. Pido noticias suyas... Me dijeron que la habían preso la víspera.

X

—¿Por qué la habían detenido?— continuó Fortier.—¿De qué crimen la acusaban?

Los habitantes de la casa, los vecinos no lo sabían. Un comisario de policía, acompañado de su secretario y de un inspector, había llegado la víspera bruscamente á casa de Marcela Hebert, y, á consecuencia de un interrogatorio y de un registro en su habitación, se la habían llevado.

No lo comprendía y estaba desesperado. Aquella separación de algunos días me había enloquecido. Olvidaba todos los sufrimientos pasados, todos los tormentos que se me reservaba aún, para pensar solamente en la alegría de volver á ver á Marcela, de estrecharla en mis brazos, de ser martirizado de nuevo por las libertades que me concedía, por nuestros amores no satisfechos.

Durante dos días fuí á vagar por el muelle de l'Horloge, en el patio en que están situadas las oficinas y la entrada del Depósito.

Una mañana la vi salir de la cárcel y subir á un coche de la Prefectura de policía. La llevaban á San Lázaro.

El asunto se ponía serio. Pero ¿de qué se trataba? Los periódicos me enteraron en seguida. He aquí la versión que daban, versión que al pronto no quise creer, y contra la cual protesté.

En vez de ser obrera y muchacha honrada, como lo aseguraba, Marcela Hebert era una entretenida, conocida en el mundo galante con el nombre de Juliana River. Vivía en el boulevard Haussmann y gastaba gran lujo.

¿A consecuencia de qué capricho, por qué rareza había venido á refugiarse en Montmartre, á vivir en una miserable habitación y á trabajar? Creían saberlo: para aumentar sus recursos, para llegar más rápidamente á hacer fortuna, no sólo explotaba su belleza, sino que halagaba los vicios, la corrupción de uno de sus amantes. Desempeñaba para con él el mismo papel que una de las queridas de Luis XV, la creadora del Parc-aux-Cerfs; buscaba por todo París jovencitas, las atraía á diversos sitios y las entregaba á los caprichos del amo; un amo cuyo nombre no citaban los periódicos, que afirmaban también que no había sido posible descubrirlo.

La transformación de Juliana River parecía explicarse naturalmente: había vuelto á usar su antiguo nombre y apellido, el apellido de su familia, sus costumbres y el oficio en que trabajaba antes de su caída, para vivir entre las jóvenes obreras, para estar en contacto con las más lindas y para poder corromperlas más fácilmente. A consecuencia de varias quejas formuladas contra ella por los padres de algunas jóvenes menores de diez y seis años, la justicia había

mandado que se procediese á una indagatoria, que se resolvió muy pronto en auto de prisión. Los periódicos no daban más detalles. Tenía que esperar la vista de la causa para enterarme de un modo más completo.

Nada nuevo pude saber, á pesar de haberla presenciado desde el recinto destinado al público. Apoyado en la barandilla, de pie, no perdía de vista á la acusada ni un solo instante. Todo lo que yo había llegado á saber respecto de ella; todas las infamias que la causa confirmaba—y que ella tenía forzosamente que confesar, pues sus víctimas la reconocían sin titubear,—nada podía desprenderme de aquella mujer, nada podía impedirme que la deseara ardientemente.

Y se comprende. Mi amor era completamente sensual, carnal... El corazón no había hablado nunca... Deseaba, pero no amaba... Y aquella que yo deseaba, seguía presentándose á mis ojos siempre tan hermosa, tan voluptuosa, tan embriagadora... Desde el banquillo de los acusados me había visto, y de cuándo en cuándo me lanzaba una de esas miradas, una de esas sonrisas que comueven todo mi ser.

No habían encontrado, tal vez no habían querido encontrar, al principal acusado, al individuo por el cual Marcela Hebert se había comprometido, se había perdido. Enérgicamente, ante el tribunal, ante el jurado, se negó á decir su nombre, como se había negado durante el sumario. Pero el Código está terminante: «El que por engaño ó por violencia se fugue con menores de edad, ó los saque del hogar paterno valiéndose de un medio cualquiera, será condenado á la pena de reclusión. Si la persona engañada ó sonsacada es una joven

menor de diez y seis años, la pena será la de presidio temporal.»

La acusada, en el curso de la causa, no dió ninguna muestra de arrepentimiento; por el contrario, predispuso contra ella al jurado con su actitud altanera y su obstinación en negarse á ilustrar al tribunal. Convencida, no obstante, de haber entregado varias víctimas á un desconocido, y de haberle ayudado para la consumación de su crimen, fué condenada á cinco años de presidio.

Eso es lo que se veía claro. Pero lo que no se veía claro era precisamente lo que á mí me interesaba. ¿Por qué, con qué objeto, Marcela, que podía escoger sus amantes, había querido hacerse amar por un obrero como yo? Si obedecía á uno de esos caprichos que son habituales en las mujeres de su clase, ¿por qué no satisfacer por completo su capricho? ¿Por qué me había hecho sufrir y me había atormentado durante tanto tiempo? Antes me decía yo: «Es una joven honrada... Se defiende hasta el último extremo... Teme el desenlace...» Después, ya no podía contentarme con esa razón, puesto que la causa demostraba que hacía mucho tiempo que era una cortesana, más dispuesta á entregarse que á resistir.

Pronto debía saber á qué atenerme.

XI

Cuando hubo recaído sentencia — continuó Fortier, — no tuve más que un solo pensamiento: verla, hablarle, enterarme de ciertas cosas que me parecían oscuras, saber por qué me había atormentado tanto.

La habían vuelto á llevar á San Lázaro, mientras llegaba el momento de su traslación á una cárcel central, pues en estas cárceles, por una infracción de la ley, cumplen las mujeres, no sólo la pena de reclusión, sino también la de presidio.

¿Cómo, con qué título podía yo esperar que me admitiesen en la sala de visitas de San Lázaro? Yo no era ni marido, ni hermano, ni pariente de Marcela Hebert... En efecto, la Prefectura de policía desestimó mi petición.

Pero supe muy pronto que Marcela había sido llevada á la cárcel de mujeres de Clermont, en el departamento del Oise. Estaba ya, por consiguiente, bajo la inmediata dependencia del Ministerio del Interior, y podía yo intentar nuevas gestiones. Pero, esta vez con más experiencia, comprendiendo que, entregado á mis propias fuerzas, no lograría nada, conseguí que mi patrón me recomendara á un jefe de negociado de la Administración de Establecimientos penales. Hizo